

Revivimos en Africa
la aventura de Julio Verne

Volar, volar, volar

Por VICENTE GRACIA / Fotos de la expedición

Volar. Una de las eternas ambiciones del hombre. Tres jóvenes aventureros igualadinos, amasados sus sueños entre el placer del riesgo, la superación personal, el miedo y la atracción por lo desconocido, dan rienda suelta a un proyecto: volar. Volar, vivir lo que fue un sueño de otro hombre, Julio Verne. Vivir lo que el escritor había titulado «Cinco semanas en globo». Y lo vivieron invirtiendo en ello once meses. Porque el escritor, imaginación tenía, pero de globos aerostáticos no tenía ni idea. Jaume Llansana, de 33 años, profesor de informática, Josep M.ª Lladó, de 25, ingeniero aeronáutico, y Joan Comellas, de 26, mecánico, sí. Vaya si entienden de globos. ¡Hasta se han fabricado uno!

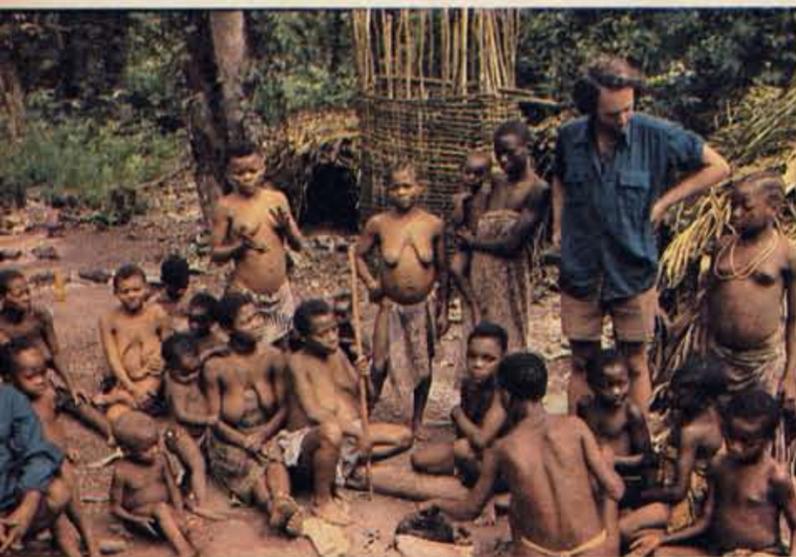
—Preferimos vivir que soñar —me confiesa Jaume. Lo dice sin acompañar sus palabras de un suspiro de resignación. Porque lo usual es que nos resignemos a no poner en práctica nuestros sueños. Y suspiramos, para compensar. Pero Jaume, Josep M.ª y Joan, no. Ellos viven. Vean:

—Primero estuvimos tres años practicando. Compramos de segunda mano un globo en Londres por 350 mil pesetas. Nos sacamos el carnet de piloto de globo de aire caliente. El globo sube y baja, únicamente. No es dirigible. Te dirige el viento. El viento empuja. ¿Quieres aterrizar? Enfrias el globo. ¿Quieres levantarte? Lo calientas.

Hay que tener capacidad de reacción rápida, para saber reaccionar a tiempo frente a las turbulencias atmosféricas, y paciencia. Y previsión. Tú sales pero nunca sabes dónde vas a aterrizar, a menos de que sigas la ruta de un viento fijado. En dos horas sueles recorrer cincuenta kilómetros. Aterrizas y haces amistad con los que encuentras abajo, y siempre te dan de comer y de beber, porque ver aterrizar un globo es un espectáculo bonito.

La fantasía del globo. El mágico globo de las narraciones infantiles de Julio Verne.

—¿Cómo explicarías la sensa-



ción que proporciona viajar en globo, Jaume?

—Es como viajar en el silencio. Vas dentro del viento, no contra el viento. A cincuenta kilómetros por hora no hay viento. La ceniza no se cae, la bandera no ondea. Vemos que volamos por la referencia del suelo. Pero si hay nubes da la impresión de que estás quieto, colgado, como un angelito. No se mueve nada y la sensación es de infinito.

¿Lo entienden ustedes? Viajan en el vacío, dejándose llevar del viento, a su misma velocidad, y sin que el viento levante siquiera uno de sus cabellos.

—Y la sensación de «no dirigir» sino ser dirigido por la naturaleza te abre mucho, estás abierto a lo que sale a tu paso.

—Háblame del globo.

—Lo construimos nosotros, con nuestras propias manos, en Igualada, nuestro pueblo, y todo el pueblo nos ha ayudado. En la ferretería regalándonos las tenazas, cualquier cosa que hacía falta para el globo lo ponía el pueblo, pero de una manera natural. El nombre lo pusieron los niños del pueblo: Tramontana. El primero se había llamado Rodamón. Y está rodando todavía. Pero éste es mejor. Tiene capacidad para cuatro mil metros cúbicos, mide 26 metros de altura y 22 de diámetro. Tiene una capacidad de ascensión para mil kilos. Descontando los 600 de tara, puede levantar cuatrocientos kilos. El quemador es de propano —aunque en África usábamos butano, lo que encontrábamos— y la cesta tiene dos metros cuadrados y es de forma hexagonal. El secreto está en enfriar o calentar.

—El viaje.

—En Zanzibar nos pusimos a merced de los vientos alíseos, como en «Cinco semanas en globo». Atravesamos el trozo del océano Indico hasta el continente africano, las sabanas de Tanzania, las montañas de Burundi y los volcanes de Rwanda, para quedar repentinamente frenados en medio de la selva centroafricana del Zaire.

—Y allí qué hicisteis?

—Espabilar. Somos tres caracteres fuertes. Discutimos mucho entre nosotros y habría divergencias si no fuera porque es mucho más que lo que nos une, volar, que lo que nos separa.

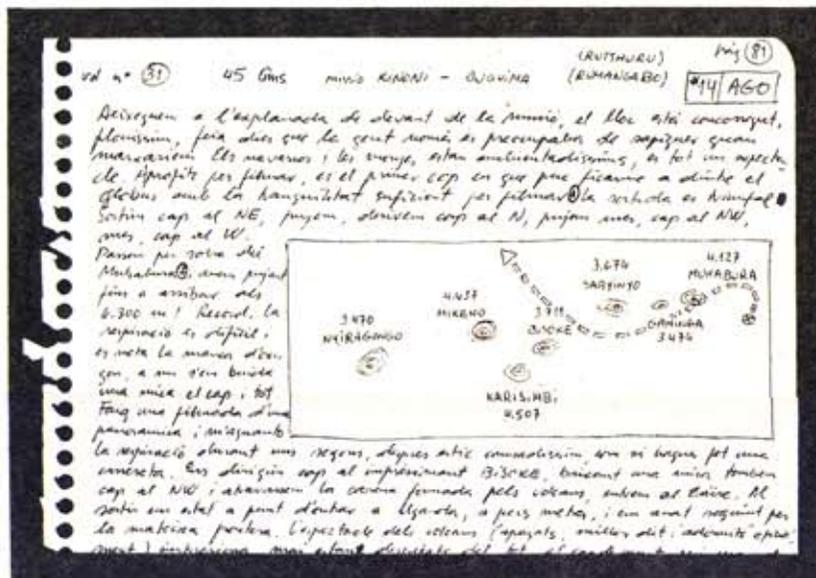
—Pero, ¿qué más os pasó durante el viaje?

—De todo. Durante los once meses volamos por encima de las nubes contemplando un espectáculo absolutamente fuera de lo común, vivimos catastróficos aterrizajes contra los árboles de la selva que nos destrozan el globo, y empleamos una semana con la máquina de coser trabajando permanentemente para ponerlo de nuevo en

Un día a bordo

Transcripción y traducción de una hoja, tomada al azar, del diario de a bordo de la expedición:

«Vuelo n.º 31. 45 kilómetros. Hacia Kinoni-Buguma. Ruthuru (Rumangabo), pág. 81. 14 Ago. Levantamos en la explanada de delante la Misión, el sitio está concurrido, llenísimo, hacía días que la gente sólo se preocupaba de saber cuándo nos iríamos. Los navarros y las monjas están ambientadísimos, es todo un espectáculo. Aprovecho para filmar. Es la primera vez que puedo meterme en el globo con la tranquilidad suficiente para filmar. La salida es Nimfal. Salimos hacia el NE, subimos, derivamos hacia el N, subimos más, hacia NW, más hacia el W. Pasamos por encima



del Muhahura y vamos subiendo hasta llegar a los 6.300 metros! Récord. La respiración es difícil, se nota la falta de oxígeno, a mí se me vacía la cabeza. Fil-

mo una panorámica, me agunto la respiración unos segundos más de lo debido y me siento cansadísimo, como si hubiera hecho una caminata...»



La bandera catalana ondeó a merced de los vientos alíseos. Los tripulantes, vecinos de Igualada, soltaron amarras y se dejaron transportar por los elementos.

funcionamiento. Nos perdimos en la selva rodeados de animales salvajes y conviviendo con los nativos, aprendiendo sus lenguas y costumbres...

—¿Llevabais armas?

—Somos hombres de paz. Nosotros no vamos armados. Esta es nuestra mayor defensa. Nadie hiere a un hombre desarmado. Llevamos machetes.

—¿Y qué más os pasó?

—Pasamos miedo. En Tanzania se creyeron que éramos una bomba enviada por Idi Amin. Nos confundieron con espías y nos detuvieron por mercenarios. Nos salvamos por no llevar armas. O sea, que no llevamos armas por principio, pero también por sentido práctico.

—Y los animales, ¿no os atacaban?

—Jugábamos con los rinocerontes, los hipopótamos y los elefantes. Yo iba adonde sabía que bebían, me escondía y les tiraba piedras. Entonces salían detrás de mí corriendo. Yo me metía en el globo y salíamos zumbando hacia el cielo. Y entonces, desde cuatro metros de altura, les sacábamos la lengua y nos reíamos de ellos. Lo pasamos muy bien.

—¿El peor peligro?

—Las turbulencias. El secreto está en el quemador. Volamos hasta los siete mil metros, pero lo



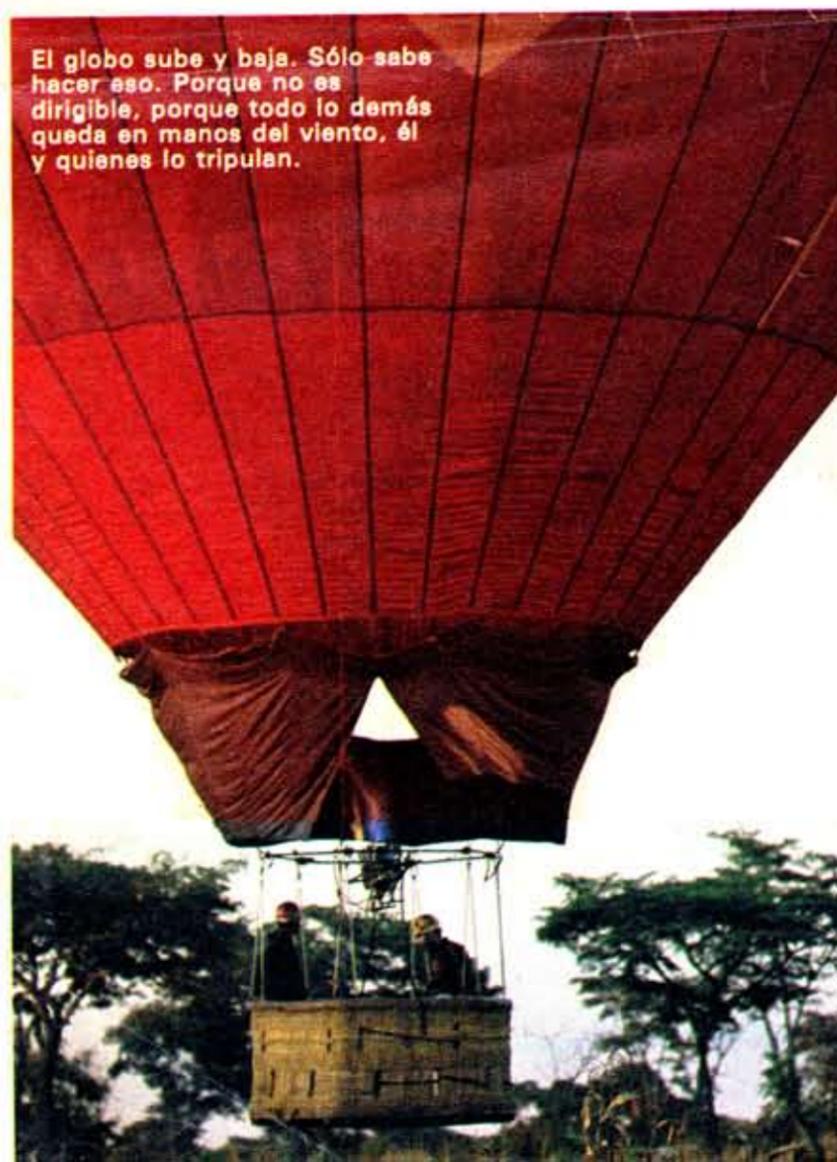
«Nunca sabíamos dónde íbamos a aterrizar. Pero en todas partes nos recibieron con entusiasmo. Y es que es muy hermoso ver aterrizar un enorme globo.»

ideal es volar a ras del suelo, para verlo todo. A unos trescientos es lo ideal. Subimos hasta los siete mil al cruzar por encima de los volcanes de Niarongo. Menudo susto. Sin oxígeno íbamos. Y la radio ni la utilizamos. Para una vez que la usamos para pedir un parte meteorológico, nos lo dieron equivocado, con lo que nos limitábamos a levantar el dedo mojado y actuar a modo.

—¿Qué habéis sacado en claro?

—Nuestras propias vidas. Hemos vivido una aventura, hemos sentido el placer del riesgo, la superación personal, la atracción por lo desconocido. Y el placer de hacerlo sin deber nada a nadie, porque nos hemos financiado por nosotros mismos mediante trabajos de exhibición y publicidad efectuados con el globo anterior, el Rodamón. Todo el proyecto ha costado unos seis millones de pesetas. Dos mil kilómetros hasta llegar a Kisangani (Zaire). Queríamos enterarnos de lo que era un viaje en globo, y nos enteramos a fondo durante once meses. Un vuelo por semana de dos a tres horas, y el resto hablar, buscar amistades, cocinar.

Vivir una fantasía. Vivir lo deseado. Satisfacer una utopía. Los sueños continúan siéndolo porque no los convertimos en realidades por nuestra falta de fantasía.



El globo sube y baja. Sólo sabe hacer eso. Porque no es dirigible, porque todo lo demás queda en manos del viento, él y quienes lo tripulan.